

Nélida Piñon

La camisa del marido

Traducción
Roser Vilagrassa



ALFAGUARA



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[La camisa del marido](#)

[El tren](#)

[Dulcinea](#)

[La mujer de mi padre](#)

[Para siempre](#)

[La sombra de Carlos](#)

[En busca de Eugenia](#)

[La quimera de mamá](#)

[La desdicha de la lira](#)

[Notas de la traductora](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

A Machado de Assis, maestro de todos

La camisa del marido

Cuando regresó del cementerio, Elisa organizó las pertenencias de su difunto marido. Actuaba como si este hubiese partido de viaje sin anunciarlo y le hubiera faltado tiempo para ocuparse de sus propios bienes. Se desplazaba por el dormitorio con aparente indiferencia, como si él aún viviese y ella nada supiera de los detalles de su muerte. Y, por lo tanto, como si ignorara las circunstancias en que había sido ejecutado y no le hiciera falta compartir con sus hijos las sospechas que abrigaba sobre la identidad del verdugo. Le interesaba más fingir que el asunto no le concernía y, de este modo, no tener que tomar medidas. Y así se comportó, indiferente al sobresalto de la familia, que en ese momento comía, presente en el velatorio, antes de cerrar el féretro.

Elisa tenía convicciones. Una de ellas era que la vida no tardaría en llevarle al culpable muerto a casa, donde sería extendido sobre la mesa de la cocina, para exponerlo a su maldición y al festín familiar.

Con todo, su actitud resignada no convencía a los suyos. Muchas veces, el rostro de la matriarca expresaba lo contrario de lo que decía. Era habitual que, de pronto, después de un breve instante de serenidad, se echara a gritar, arrojándose a la yugular de algún animal con un puñal afilado para sacrificarlo sin piedad, sin que su difunto esposo pudiera hacer nada por detenerla. Y estaría asimismo dispuesta a ejecutar a cualquiera de cuya inocencia dudara.

Tras el entierro, una vez en el dormitorio, sola por primera vez en treinta años, Elisa se desnudó. El espejo revelaba un cuerpo envejecido. Para tal momento, escogió el camión de la noche de bodas, que olía a naftalina de tantos años metido en el cajón. Y pensó qué podía hacer con las

prendas íntimas del marido que este había conservado como recuerdo de aquella noche de amor. Decidió entonces que la camisa que él llevaba puesta el día de su muerte lo sustituiría en el lecho. Para ello, guardó aquella prenda manchada de sangre en una urna, y la dejó sobre la cama, como el recuerdo más perdurable de todos. Tal reliquia demostraba un celo que él habría apreciado.

Gracias a esta decisión, vivirían otra noche, más feroz que la primera, para amarse. Y a partir de aquel día, miraría los andrajos rasgados por el puñal asesino como el símbolo del hombre que no la había abandonado por voluntad propia, que había jurado permanecer a su lado hasta la muerte. Jamás habría otro hombre en su cama.

Esa mujer me ama con desvarío. Preferiría que me amara menos. Me sentiría a salvo de sus embestidas; no me deja en paz. La intensidad es asesina, no tiene mesura. Siempre supe que Elisa era feroz, una mujer a la que amo, y cuyo amor me beneficia. Pero mi amor es insuficiente. Porque ella quiere más, exige que sea solo suyo. Mi carne es suya porque la suya es mía. Todo en ella obliga al cuerpo a seguir el camino del crimen pasional.

En una ocasión, por pedir tregua a mi cuerpo agotado, ella protestó, sospechó que otra mujer me había saciado. Tuve que sofocar sus gritos con la almohada para que no la oyeran nuestros hijos.

—¿Con quién me has traicionado? Confiesa. Júrame que eres inocente.

A fin de calmarla, le pedí que trajera la Biblia. Estaba dispuesto a jurar sobre el libro sagrado y demostrar así mi inocencia. Y si mi temor de Dios no le bastaba, firmaría un documento según el cual renunciaría a la parte que me correspondía de nuestros bienes, en caso de que se demostrara mi traición. Ella interrumpió los sollozos. La propuesta la satisfizo. Perder mis bienes y perderla a ella a la vez era castigo suficiente.

—Acepto. Si se diera el caso, merecerías quedar en la miseria y depender de mi bondad. Yo prometo darte a diario un plato de sopa.

Sin perder un momento, ella misma redactó mi renuncia con expresiones dramáticas. Renunciar a mis bienes exigió un párrafo detallado. Y tuvo la precaución de dar validez al documento por si prevaricaba en el futuro. Firmé el documento sin leerlo, pues quería librarme de Elisa y salir del dormitorio. Sin embargo, después de guardar el papel en el cajón, me amó con un ímpetu que hacía tiempo que no teníamos.

A la muerte del marido, Elisa enmudeció durante unos días. El luto le sentaba bien. Acentuaba su ascetismo. Parecía un miembro de una orden religiosa. Canceló todas las visitas, salvo las de sus hijos, que llegaron al final de la tarde y cuyo ruido contrastaba con la paz impuesta en la casa. Ella misma sirvió los platos que solían gustarle a su marido, a condición de que evocaran a su padre en las comidas, pues al muerto debían su hartura. Y con un gesto impreciso, les mostraba que la fortuna reunida entre los dos quedaría bajo su custodia.

Durante aquellas semanas hizo diversas advertencias con escasas palabras, si bien dejando claro que su esposo, Pedro, nombre de apóstol, había sido sacrificado para salvarlos.

—Ha muerto por vosotros. En su esfuerzo por traer comida a casa, vuestro padre se creó enemigos. Nunca quiso una familia pobre.

Sufro por ser el primogénito. Siento que cargo con el peso del mundo. Aguanto más de lo que puedo el dramatismo de mamá, que se cobra de sus hijos la sangre que gotea entre sus dedos. Es irascible y autoritaria, y no deja de repetir que la vida es injusta y el destino, amargo. Ahora teníamos la despensa abarrotada, pero papá ya no estaba entre nosotros para mojar el pan en la salsa de la carne asada, como solía gustarle. Ella aludía a la pobreza como si nuestra casa no fuera la más rica de la vecindad. Y lo hacía para que evocáramos a papá y la deuda que habíamos contraído con él.

—Pedro vive todavía, sin haber resucitado al tercer día. No ha muerto aún porque mi amor no le deja. Pero pronto

anunciaré su muerte. Sobre todo a ti, Tiago, mi primogénito.

Apenas si soy capaz de descifrar lo que me dice mi madre. Aun así, he intentado reconciliarme con ella después de la muerte de mi padre. Quizá me escuchará, me acariciará, me ayudará a olvidar las veces que he deseado su muerte. Pero es esquivia. Solo se deja ver al final de la tarde, cuando llegan mis hermanos, todos a la vez, como si así lo hubiéramos acordado. Acepta nuestra presencia sin una triste muestra de cariño. Manda servir la comida, los dulces y el café. No hay ni un ápice de amor en ella, salvo para mi padre, que permanece vivo en su memoria. Al contrario: busca la brecha por donde atacar a cada uno de sus hijos. Para ella somos aves de rapiña que solo queremos dinero. Antes de haber podido abrir la boca, nos dijo que solo heredaremos a su muerte. Se comporta según la voluntad de su marido, pues ambos firmaron tal acuerdo en el infierno del paraíso en el que vivieron durante treinta años. Siempre quisieron expulsar a esos hijos que les arrebatan la soledad que les exigía el amor que sentían el uno por el otro.

Elisa rechazaba la ayuda de la familia. Con la viudez, ganaba independencia. Contaba con el recuerdo del marido para aconsejarla. Además, a su juicio, sus hijos fallaban siempre que les encargaba una tarea. Era preferible sentarlos en torno a una mesa con el pretexto de las comidas, mientras ella se servía una sopa clara, salpicada con salvado de maíz, lo justo para no desfallecer.

Buscaba estar a solas con el fantasma de Pedro. Su silencio intimidaba a los familiares, a quienes les costaba creer que el disgusto de haber perdido a su esposo la hubiera debilitado, y le hubiese arrebatado su instinto de lucha. Quienes conocían a la madre, habiendo sido la imagen del padre, apostaban a que no tardaría en recuperar el gobierno de la casa, acaso con ánimo de venganza.

Mamá finge creer en Dios. Asegura que es religiosa y exige que yo, su benjamín, el último en nacer, que recibió el nombre de Mateus en la pila bautismal, vaya a misa en su lugar, mientras ella se queda en casa los domingos, supues-

tamente rezando. Al contrario que papá, que, para lo asuntos religiosos, tenía un reclinatorio en la habitación, en el que se arrodillaba para pedir fortuna a los santos. Según su creencia, correspondía a Dios incrementar los bienes de los hombres como él. En cambio, desde que mi madre es viuda, hace la señal de la cruz varias veces al día, como si fuera una penitente entregada a Dios, dispuesta a perdonar los pecados del mundo. Ha atenuado el luto desde hace unos días. Lleva prendas blancas que papá apreciaba. Se llena la taza de pan duro empapado en café y leche humeantes. Hunde la cuchara en la pasta deshecha y se come hasta la última migaja. Fue en uno de esos momentos cuando, de pronto, se llevó la mano al pecho para auscultarse el corazón y medir las pulsaciones.

—Quiero un corazón ávido. Para poder emprender una batalla sin tregua.

La altura de la madre contrastaba con la de los hijos, todos ellos altos como el padre. Pero era capaz de enfrentarse a hombres y animales pese a ser pequeña. No temía a sus hijos, a los que gobernaba con simples gestos. Entonces ordenó a Tiago tomar asiento a su derecha.

No sé ni por qué le pido al primogénito que me haga compañía. Si este hijo mío no sirve para nada. Nació cobarde. Y no puedo confiar en Mateus y Lucas. Son de corazón indulgente. No conocen las leyes de la guerra. No heredaron mi temperamento, y tampoco el de su padre, a causa del cual nos temíamos incluso entre nosotros. Con los años aprendimos que uno era un peligro para el otro. Y esta certidumbre beneficiaba la vida conyugal, mantenía la cama caliente.

—La lápida de vuestro padre es provisional. Ha llegado el momento de preparar un sepulcro que nos acoja a los dos y a nadie más de la familia. Cuando se trata de estos asuntos, la sangre no sirve para la eternidad.

He exigido a mis hijos que dispongan un túmulo espacioso, donde quepan nuestras dos historias, una misma que comenzó cuando nos enamoramos. Y que quede espacio para los sentimientos que experimentamos a lo largo del

tiempo. Pero ¿tendrán suficiente sensibilidad para comprender la tragedia de un amor que no termina ni después de la muerte?

Elisa tenía prisa, pero esperaba que Tiago no se descuidara en sellar bien las juntas y las paredes de la lápida. Para que la lluvia no perjudicara, con los años, el reposo del matrimonio. Si no tenía cómo impedir la acción del tiempo sobre los restos de su marido, al menos que se respetaran los detalles:

—Solo son dos lápidas. Cada una lleva los nombres de Pedro y Elisa.

Aquella noche, el ruido de la lluvia la reconfortó. Abrió la urna y acercó a su cuerpo la camisa ensangrentada. La tela aún conservaba el olor activo del muerto. Cerró los ojos para que el marido no la sorprendiera en su dolor.

Soy el único de los hijos que no habla, que no responde, que vive recogido en el vacío de la propia existencia. Poco importa que mamá me quiera o no, o que papá se olvidara de mí, de su hijo mediano, cuyo nombre, Lucas, escogió con cierto desdén. Nunca me llevaba a pescar. Me dejaba atrás y se iba con Tiago y Mateus. Mis hermanos se sentían héroes, capaces de traer a casa la ballena de Jonás y el cadáver de papá, a quien nunca quisieron. Era un padre para quien sus hijos no existían. Solo tenía ojos para mamá y para las monedas que iba apilando sobre la cómoda del dormitorio antes de darles un uso. Su enseñanza consistía en despertar nuestra codicia. Había que amar a la esposa y el dinero por encima de todas las cosas. Palabras que mamá aplaudía, a la vez que nos daba la espalda. Ambos excluían el mundo para poseerse, e hicieron de sus hijos unos inválidos.

En cuanto a mí, no sé muy bien quién soy. Vivo de las sobras de esos espíritus temerarios que maltratan la tierra. ¿Qué testimonio me deja esta familia, que me persigue siempre que intento soñar? Leí en algún libro que la inquietud del alma asegura la perpetuidad de la civilización. ¿Será cierto? La realidad es que vivo solo, mi casa es pequeña, y en ella recibo a mujeres con la orden de marcharse des-

pués de acostarnos. Apenas si soporto la vida, y mi único consuelo ahora es aguardar la muerte de mamá para librarme de esta familia. Veré qué haré entonces.

Por la mañana, Elisa volvió a guardar la camisa en la urna, que había dejado sobre el colchón.

—Jamás te olvidaré, ni después de mi muerte. Es mi compromiso.

Pronunciada esta sentencia, retiró del armario pertenencias de la sociedad conyugal, que repartiría entre familiares y parroquianos como si de estiércol se tratara, a condición de que no le pidieran explicaciones sobre el origen de los objetos, ni le preguntaran si la caja de música que tocaba *Para Elisa* era un homenaje a su nombre. Había sido un regalo de su marido, ya de vuelta en la *fazenda*[1], tras el único viaje juntos al extranjero. Después de una semana lejos de casa, decidieron interrumpirlo cuando ambos, encerrados en la habitación del hotel, se sintieron perdidos en aquel país ajeno y se confesaron que sentían una desazón tal que los exhortaba a abandonar el mal originario de aquel mundo urbano en el que estaban de paso.

Sin embargo, rebuscando en los armarios, Elisa temía descubrir que no había valido la pena vivir. Y que daba igual conservar cualquier cosa en el fondo de un cajón. De modo que regalar esos objetos no sería una muestra de generosidad, sino una manera de destilar su rabia por el mundo, de perder criterios que había mantenido mientras su marido vivía. Por fin, ahora era dueña de su destino.

No sé si cumplir el encargo que me ha encomendado mamá sin que al menos me dé el trazado de la sepultura que he visto en su poder, porque lo hace para ponerme a prueba y averiguar si seré capaz de adivinar lo que desea. ¿Y por qué insiste en llamar a la sepultura «morada», como si el esqueleto de papá fuera a hacerle el amor? Ella solo ve defectos en todo lo que hago. Es tan difícil agradarla, o poder contar con mis hermanos, que disfrutaban cuando fracaso. Mateus me mira con desdén solo porque es el pequeño. Para ellos soy un cordero a punto de ser sacrificado en el tiempo pascual. Al final, no he tenido más remedio que pe-

dirle indicaciones a mamá, y me las ha proporcionado como si hablara con una persona ausente:

—Toma las medidas adecuadas para mi corazón, que es el mismo que el de tu padre. Recuerda que no solo tenía un cuerpo grande, sino también un alma gigante.

Entonces la voz de Elisa falló, y su cabeza ya no sostenía el peso del mundo que se le había echado encima. Estaba pálida, a punto de desvanecerse, y Tiago la arrastró hasta la silla de magistrado, de uso exclusivo del padre, de respaldo alto y brazos revestidos de un terciopelo gastado, donde descansó un momento. Minutos después, Elisa se levantó y se dirigió al dormitorio.

No he oído bien lo que me ha dicho mamá al regresar a su habitación. Me cuesta oírla, salvo cuando sube la voz y me ofende. Cuando hace eso, emplea un tono cruel. No me lo perdona ni el día de mi cumpleaños, cuando me da el dinero:

—No te olvides de que me debes la vida.

Tiago abandonó la sala para irse a su casa, no lejos de allí. Sintió fiebre en el trayecto. Abrió la puerta con la expectativa de que Marta lo estuviera esperando. No tenía otro lugar donde refugiarse.

Soy la mujer de este hombre y me arrepiento. Lamento estar casada con él y pertenecer a su familia. Estoy esperando a que vuelva de casa de su madre. En general, nunca llega tarde, ni renuncia a regresar a este nido destruido, como yo preferiría. No bebe, no fuma y solo me es infiel con putas. Es rápido en esas visitas. Por mí podría quedarse en el burdel para siempre. Pero ¿quién iba a ocupar su lugar y mantenerme? ¿Cómo voy a renunciar a su herencia? Ya ha llegado: acaba de meter la llave en la cerradura. Ha entrado. Tengo que recibirlo sabiendo de antemano que es un hombre derrotado, que no reacciona.

Marta le servía la comida fría para expresar su descontento. Su marido aceptaba que lo recriminara con palabras evasivas, reclamando a Tiago una reacción que no había modo de activar. Pese a todo, ella le exigía que fuera en

busca de su madre en aquel mismo momento y la golpeará y vertiera veneno en su café.

Esta mujer es igual de cruel que mamá. Van a la par. Solo que Marta ignora que mamá tiene los sentidos de un animal y jamás baja la guardia. Solo se evadía de la realidad con papá. Aun así, recuperaba la atención, censuraba a su marido, contradiciendo cualquier cosa que dijera, a riesgo de perder el único interlocutor que jamás había tenido. Y de él decía, para que los demás la oyeran:

—¿Cómo puedo salvarme sin él?

Marta exigía que su suegra repartiera parte de los recursos que el matrimonio había acumulado. Los domingos insistía con la misma cantinela de todos los días y, para demostrar su insatisfacción, no iba a misa con Tiago.

—Aparte de martirizarme, esta vieja me impide ir a la iglesia los domingos. Pero ¿cómo voy a rezar, si el corazón me va a reventar de rabia? Peco por su culpa.

Su marido era indiferente a las protestas. Y, para paliar sus vulgares amonestaciones, se tapaba los oídos, incapaz de soportar el sufrimiento que madre y esposa le infligían.

—Acabaré matando a las dos —murmuró un día, recogido en la iglesia, cerca del altar.

Marta responde al mutismo de su esposo clavándole las uñas en el brazo, descontenta por estar casada con un cobarde, cuyos padres únicamente le dieron la vida para que los sirviera, sin compensarlo siquiera por el maltrato.

Tiago devoró el plato frío y se fue a la cama. Ya no contaba con su mujer para satisfacer sus instintos. Su cuerpo ya no despertaba sus deseos. Tal indiferencia se extendía al resto de mujeres, con excepción de aquellas a las que frecuentaba en el burdel del pueblo. Con ellas ponía a prueba la firmeza de su miembro, golpeándolas con el impulso de la rabia que le instilaban madre y esposa, mujeres de una misma raza maldita.

Sin embargo, dispuesto como estaba a seguir al pie de la letra los designios de su madre, se levantó de la mesa enseguida. Al llegar a la finca, el capataz lo abordó.

—Venga, patrón. Ha ocurrido una desgracia.

No perdió un instante. En el patio yacían muertos su madre y un desconocido. En el lugar del crimen vio a Mateus, a algunos empleados y a los vecinos, que habían llegado antes que él y Marta, que lo acompañaba. Obviando a los presentes, sobre todo a su hermano pequeño —para él siempre un intruso—, ordenó al jardinero que explicara lo ocurrido, pero tras balbucear unas palabras, este fue incapaz de proseguir. Miró al patrón, Mateus, buscando ayuda, pues no sabía cómo desarrollar un relato lleno de entresijos.

El benjamín prefirió callar, amparándose en un silencio deliberado, como si quisiera pasar por alto cualquier detalle que explicara por qué su madre yacía muerta en el patio, con un puñal ensangrentado en la mano derecha, y, tumbado a su lado cual amante, el vecino, antiguo enemigo del padre, exánime también, con un agujero en el pecho, abierto por la misma arma en poder de la progenitora.

Tiago daba órdenes al azar, tratando de ocultar a Marta el temor que le infundía su madre, incluso muerta; incapaz de entender qué hacían juntos en el suelo del patio los dos cuerpos, un extraño y su madre; incapaz de creer que, en un acto de locura, esta hubiera apuñalado a aquel hombre corpulento, para luego quitarse la vida. Tampoco admitía la versión de que un asesino hubiese perpetrado el doble crimen, y luego hubiese puesto el puñal ensangrentado entre los dedos de su madre para asegurarse la propia inocencia.

Rodeados de familiares y vecinos, que no dejaban de acudir, Marta le susurró al oído:

—Llévate a tu madre dentro antes de que sea demasiado tarde. La tragedia es nuestra, no de estos desconocidos.

El drama de su madre lo había paralizado. Le impedía librarla de las miradas ajenas que se complacían de la vergüenza familiar; de vivir una escena que ella misma habría repudiado; ella, que siempre había defendido el derecho a preservar el misterio, que siempre prohibía a sus hijos entrar en su dormitorio, recinto sagrado de su amor al esposo. Por esto mismo, acaso antes incluso del último suspiro, Elisa había eliminado los indicios que habrían permitido es-

clarecer el crimen, impidiendo que nadie pudiera averiguar quién había matado a aquel hombre, ni inculparla a ella. ¿Acaso había tratado de apartarse del lugar del crimen arrastrándose hacia la casa? Elisa redactaba con soltura. Había desarrollado un talento para la escritura desde la infancia. Su esposo recurría a ella cuando se hallaba en apuros, y ella le ayudaba, acentuando así su dependencia. Ahora bien, si Elisa había planeado aquellas muertes, había evitado escribir la nota que habría esclarecido semejante desenlace. Aunque, bien mirado, saltaba a la vista que su madre carecía de las condiciones físicas necesarias para apuñalar varias veces seguidas a un hombre como aquel.

Subyugado por la escena, Tiago no reaccionaba pese a ser el mayor de los hermanos. Se limitó a desahogarse, preguntando:

—¿Quién ha matado a este hombre? ¿Será el mismo que ha matado a mamá? ¿Y qué hacía este desgraciado en casa?

Mateus aprovechó la inercia de Tiago. De pie junto a Marta, como si él fuera su esposo, elevó la voz para que todos vieran que asumía el papel de primogénito:

—En casa os contaré todo lo que sé. Que me sigan los de la familia. Los demás podéis retiraros.

Levantó el cuerpo de Elisa y se dirigió al comedor. Depositó el cuerpo sobre la mesa donde solían comer, tras apartar a una esquina el frutero.

Tiago siguió a su hermano, si bien resentido con aquel gesto que lo anulaba. No obstante, ni siquiera su enfado, evidente para todos, refrenó las iniciativas del pequeño, decidido como estaba a robarle el plato de lentejas.

Pese a que era un momento propicio para el llanto, Mateus contuvo la emoción, que amenazaba con aflorar:

—Dejad las lamentaciones para luego.

Haciendo caso omiso de esta orden, Tiago se aproximó al cuerpo de Elisa. Pero Marta, que lo vigilaba, lo expulsó de la mesa. Vencido por su propia esposa, se dirigió a su hermano pequeño:

—Cuéntanos ahora mismo lo que ha pasado.